

dos por su derecha, para detener al mariscal Oudinot en su marcha. Por el contrario en Lowenberg los cien mil hombres de Ney, de Marmont, de Macdonald, de Lauriston, impedían absolutamente a los ejércitos enemigos de Bohemia y de Silesia trasladarse por la Lusacia al Brandeburgo y socorrer á la capital de Prusia. Así este deseo de un resultado tan maravilloso, este deseo de tender un brazo hácia Berlin y sobre el Vistula, echaba á perder de continuo sus combinaciones militares, á la manera que ya habia pervertido sus resoluciones políticas, y le impulsaba á debilitar por su mucha extension un círculo de defensa que, mas restringido, fuera invencible. Muy pronto la guerra, que da inmediato pago á los cálculos malos ó buenos, debia galardonar estos con triunfos brillantes y de castigar aquellos con desastres ruidosos. Pero no anticipemos nada sobre los sucesos, cuya triste relacion ha de venir harto pronto.

Lejos estaban de igualar las fuerzas de Napoleón á las de la coalición. Los cuerpos de Saint-Cir, de Vandamme, de Victor, de Poniatowski, agrupados hácia su derecha, los de Ney, de Marmont, de Macdonald, de Lauriston, alineados hácia su frente, la Guardia y la reserva de caballería, situadas en el centro, podían formar bajo su mano una masa movible de doscientos setenta y dos mil hombres sobre las armas. Las tropas de Oudinot,

todos los motivos de sus diversas resoluciones, mucho antes de que el resultado justificara las unas y condenara las otras. Por tanto no hay aquí una sola idea que se le atribuya falsa ni aun conjeturalmente, pues las intenciones que le atribuímos se hallan todas corroboradas por escrito.

de Girard, de Davout, dirigidas hácia Berlin, formaban otra de ciento diez á ciento quince mil soldados, cosa que elevaba á trescientos ochenta y siete mil combatientes, ó á trescientos ochenta mil por lo menos, las fuerzas activas totales que se iban á oponer á la coalición. Si se añaden veinte mil hombres en Baviera, sesenta mil en Italia, y además las guarniciones de las plazas del Elba, del Oder y del Vistula, tales como Koenigstein, Dresden, Torgau, Wittenberg, Magdeburgo, Werben, Hamburgo, Glogau, Custrin, Stettin, Danzick, comprendiendo cerca de noventa mil hombres, se suma el guarismo de quinientos cincuenta mil combatientes, muy inferior al de ochocientos mil que lograron juntar los coaligados. Verdad es que las reservas de estos se hallaban incluídas en el guarismo de ochocientos mil hombres; pero, estrechando bien sus cuadros del Rhin, no podia Napoleón sacar mas de cincuenta mil soldados de reserva, y de esta suerte sus recursos, mas bien exagerados que reducidos, no presentaban un total de seiscientos mil hombres contra ochocientos mil adversarios. Con todo estas fuerzas bastaran y aun sobrarian en sus manos, si las causas morales estuvieran á su favor como estaban en su contra; pero exasperados sus enemigos se hallaban resueltos á vencer ó á morir, y sus soldados, heroicos sin duda, bien que batiéndose por honor, eran conducidos por generales, cuya confianza estaba quebrantada, y que empezaban á sentir que no tenían razón contra Europa, y contra Francia y contra el buen sentido. ¡inferioridad moral funesta, y harto mas enorme que la inferioridad material del número!

Después de inspeccionar personalmente Napoleón sus puestos de Koenigstein y de Lilienstein, y de asegurarse con sus propios ojos de si la posición tomada por Saint-Cir y Vandamme, sobre su espalda, y su derecha, se ajustaba á sus miras, se trasladó el 15 de agosto á Górlitz, donde halló la Guardia y la reserva de caballería. Desde allí tuvo empeño en ver la garganta de Zittau, de cuya defensa estaban encargados Victor y Poniatowski. Tras de establecer á este sobre una montaña denominada de Eckartsberg, que da frente á la salida del desfiladero y permite obstruir el paso, adelantóse en persona algunas leguas mas lejos, escoltado por la caballería ligera de su Guardia, á fin de reconocer un país adonde era posible que se penetrara mas tarde. Se proponia tomar lenguas acerca de la direccion seguida por el enemigo. Con efecto ningun sintoma revelaba si los coaligados desembocarian hácia la espalda por Peterswalde sobre Dresde, ó hácia nuestra derecha por Zittau, ó sobre nuestro frente por Liegnitz y Lowenberg. Aun cuando Napoleón estuviese rodeado de una nube de enemigos en movimiento, nada sabia de su marcha, por ser cortina difícil de penetrar el espeso muro de las montañas de Bohemia, que hácia la derecha le separaba de ellos. Aplicaba pues con singular atención los oídos, acogiendo los mas leves rumores, y no adquiriendo mas que versiones contrarias, segun costumbre. No obstante habia acuerdo sobre el punto de que un cuerpo de ejército prusiano y ruso habia pasado de Silesia á Bohemia para obrar en union del ejército austriaco. Segun se ha visto mas arriba, este era el cuerpo que debia completar el grande ejército del prínci-

pe de Schwarzenberg, juntándose á las tropas austriacas. Esta noticia muy divulgada inspiró por un momento á Napoleón la idea de entrar precipitadamente en Bohemia por el camino de Zittau á la cabeza de cien mil hombres, y de arrojarlos sobre los prusianos y los rusos antes de que se unieran á los austriacos. Es muy cierto que bajo su mano tenia cien mil hombres con Poniatowski, con Victor, con la Guardia y con la reserva de caballería, y que dirigiéndose velozmente hácia la derecha sobre Leitmeritz, pudiera cortar en dos la larga línea que debian formar los coaligados antes de hallarse juntos en torno de Commotau. De consiguiente le fuera posible descargar un golpe formidable desde el principio de la campaña, y prendado el mariscal Saint-Cir de esta idea mas brillante que justa le impulsaba vivamente en su correspondencia á ponerla por obra. Pero podia suceder que, entrado Napoleón en Bohemia, ya encontrara concentrados á los coaligados sobre su derecha, entre Toepliz y Commotau, y por tanto al abrigo de sus golpes, y en aptitud de tomarle la delantera en Dresde, haciendo hácia allí por Peterswalde, de modo que, mientras penetrase en Bohemia para sorprenderlos, ya hubieran salido de aquel territorio con ánimo de rebasarle; ó bien pudiera suceder además que los hallara sobre el camino en masa, y que tuviera que combatirlos siendo considerables sus fuerzas, en una posición que le fuese desventajosa, pues, si vencía, le era imposible perseguirlos hácia lo interior de Bohemia, y si quedaba vencido, le era forzoso volver á pasar delante de ellos el desfiladero de Zittau. Para dar batalla mas valia esperarlos á su salida de las montañas de Bohemia, y en-

contrarlos sobre la orilla derecha ó la orilla izquierda del Elba en el momento mismo en que desembocaran por este punto, porque batiéndolos se les acorralaba en las montañas, y se podía aprovechar su atascadura en los desfiladeros para quitarles soldados y cañones á miles. Trasponer personalmente las montañas para ir á guerrear á Bohemia, equivalia á escoger para sí la posicion falsa, que convenia dejarles tomar á ellos, aguardándolos á la salida de aquellos montañas sobre una ú otra orilla del Elba. Así Napoleon se inclinaba poco á la singular idea que el mariscal Saint-Cir sostenia calorosamente. Solo cediera á ponerla en plánta, si indagara por datos seguros que tenia en efecto á su alcance sesenta ú ochenta mil prusianos y rusos, todavía separados de los ciento veinte mil austriacos á los cuales iban á juntarse.

Entregado á una verdadera efervescencia mental á la vista de tantas eventualidades diversas, montó Napoleon á caballo el 19 de agosto por la mañana, y seguido de la caballería ligera de la Guardia penetró en Bohemia, á la cabeza de algunos miles de ginetes, haciendo la guerra como un jóven, como en otros tiempos la hacia en Italia ó en Egipto. Metióse por las gargantas de los montes mas allá de Gabel, y aun mostróse á la entrada del hermoso llano de Bohemia á los bohemios, sorprendidos de verle. Hizo prender á los curas y á los alcaldes para hacerles preguntas, y supo de boca de todos que las tropas rusas y prusianas procedentes de Silesia, se hallaban á lo largo de la falda de las montañas dentro de Bohemia, para unirse á los austriacos y bajar probablemente á Sajonia por detrás de Dresde. En este movimiento debian cru-

zar los coaligados el Elba entre Leitmeritz y Aussig, y todo anunciaba que ya estaban á orillas ó mas allá del rio, en las inmediaciones de Toeplitz. Aun cuando fuese buena la operacion de lanzarse sobre ellos, ya habia pasado el tiempo de practicarla, y convenia apresurarse á volver á Sajonia para pelear en torno de Dresde, sobre el campo de batalla preparado con prevision tan cumplida. Sin embargo, Napoleon hizo gala de presentarse y de darse á conocer á los habitantes, á fin de que el ruido de su presencia en Bohemia resonara hasta en el cuartel general de los coaligados. Véase qual era su intencion al obrar de este modo.

Evidentemente el plan de los coaligados consistia en entrar en Sajonia, despues de cruzar el Elba en Bohemia, y en descender sobre Dresde, á fin de tomar esta plaza, ó en trasladarse á Leipsick, para situarse entre el Rhin y el ejército francés. Nada podiamos desear que mejor nos acomodase, pues, empenándose de esta manera á espaldas de Napoleon los coaligados, se exponian á tenerle sobre sus comunicaciones, y á encontrarse en un abismo, si en tal posicion llegaban á perder una batalla. Siendo esto así, importaba á Napoleon arrojar-se de pronto sobre el ejército de Silesia, que tenia delante, á fin de ponerle fuera de juego por algun tiempo, y de volver de seguida á atender de plano á las cosas que se preparaban detrás de Dresde. Para el éxito de tal proyecto le era útil retener un momento la marcha de los aliados, inducirles á vacilaciones, hacerles perder de esta suerte uno ó dos dias, que serian para él ganados, teniendo que correr sobre el Bober antes de tornar junto al Elba. No habia mejor modo de conseguirlo que pre-

sentarse en Bohemia, porque su presencia en aquellos lugares debía provocar mil conjeturas alarmantes ó por lo menos embarazosas.

Después de emplear todo el día 19 en correr á caballo, ora por la llanura, ora por las gargantas de los montes, volvió á pasar los desfiladeros de *Riesen-Gebirge*, y tomó la vuelta de Zittau. Al día siguiente 20 de agosto ocupóse en preparar por sí mismo el cuerpo de Poniatowski y el de Victor á la entrada del desfiladero de Zittau, de manera que ambos pudiesen resistir por lo menos tres días á los mas vigorosos ataques. Además Napoleon aseguró sus comunicaciones con el general Vandamme, situado entre Zittau y Dresde hácia Stolpen, á fin de que pudiera correr en un solo día á Zittau ó á la capital de Sajonia. Tomadas todas estas providencias tenia la intencion de aguardar otro día mas la manifestacion completa de los proyectos del enemigo, sin abrigar el mas leve temor á pesar de todo; pues donde quiera estaban adoptadas las precauciones de suerte de no dar margen á ninguna zozobra. Con efecto ochenta mil hombres en marcha hácia la parte de Berlin bajo las órdenes del mariscal Oudinot, apoyados por treinta y cinco mil del mariscal Davout, Saint-Cir y Vandamme á la parte de Dresde y en acecho sobre las dos márgenes del Elba; dos cuerpos en Zittau guardando las gargantas de Bohemia; cien mil hombres junto al Bober á las órdenes del mariscal Ney y en espera del contrario que intentara pasar este rio; por último Napoleon en Górlitz, centro de todas estas posiciones, con la Guardia y la reserva de caballería, situado á medio camino de los diversos puntos amenazados, presentaban una tela admirablemente tejida, desde

cuyo centro estaba pronto el que tan hábilmente la habia preparado á caer sobre el imprudente que se aventurara á agitar sus extremidades.

De vuelta Napoleon en Górlitz el día 20, supo de pronto que el ejército de Silesia tenia invadido desde el día 15 el país neutral, que hubiera debido respetar hasta el 17, lo cual constituia una violacion del derecho de gentes, que el ardiente patriotismo del general Blucher no excusaba de ningun modo. Este ejército se encaminaba hácia el Bober. Al instante puso Napoleon en movimiento la caballería y tres divisiones de su Guardia, dejando en Górlitz las restantes, y tomó sus providencias para estar sobre el Bober al día siguiente 24. Con el socorro que llevaba al mariscal Ney iba á tener ciento treinta mil hombres, con los cuales habia muy de sobra para hacer que Blucher se arrepintiera de su temeridad y de la infraccion que se habia permitido contra el derecho de gentes. Después de renovar por última vez sus instrucciones á Poniatowski, á Victor, á Vandamme, y á Saint-Cir, partió muy confiado y lleno de esperanza.

Habiendo empezado las hostilidades en Silesia antes de la época fijada por el armisticio, apenas salian de sus cantones los cuatro cuerpos del mariscal Ney cuando se presentaron los contrarios. Dos de estos cuerpos se hallaban junto al Bober, los de Macdonald y Marmont, el primero á la derecha hácia Lowenberg, y el segundo á la izquierda hácia Buntzlau. Otros dos estaban todavia mas comprometidos, pues se encontraban al otro lado del Katzbach, el de Lauriston en las cercanías de Goldberg, el de Ney entre Leignitz y Haynau. Casi rebasados estos dos últimos á causa de la aparicion

súbita del cuerpo de Langeron sobre su flanco derecho, se hallaban en muy inminente peligro. Mucho costó al cuerpo de Lauriston replegarse del Katzbach al Bober, si bien lo hizo con sangre fría y con denuedo, é incorporóse á Macdonald en Lowenberg sin ningún accidenté. Ney, que era el avanzado hácia nuestra izquierda, en vez de replegarse simplemente sobre Buntzlau, para repasar el Bober por este punto, se vino á desplegar audazmente entre el Katzbach y el Bober, y á desafiar á Blucher, que se encarnizaba contra Lowenberg. Al verle el general prusiano se le fué encima, y quedando así Lowenberg ya libre, bajó hácia Buntzlau, pasó por allí el Bober y juntóse á Marmont.

Nuestros cuatro cuerpos se hallaban mas acá del Bober el día 20 de agosto, los de Lauriston y Macdonald en Lowenberg, los de Marmont y Ney en Buntzlau, despues de causar al enemigo mas daño que el que habian sufrido. Llegado allí Napoleon el día 21 por la mañana, quiso tomar la ofensiva sin demora. Cerca de ochenta mil hombres habia presentando Blucher, a causa de quedarse el general ruso Sacken, con quien reuniria cien mil soldados, algo detrás sobre su derecha. Napoleon que tenia ciento treinta mil bajo su mando, empleó la mañana en disponer que se echaran sobre el Bober puentes de caballetes, y en expedir todas sus órdenes para una marcha pronta y vigorosa, porque no habia que perder tiempo, esperando ser llamado antes de mucho á la espalda por el grande ejército de Bohemia. De consiguiente resolvió desembocar de Lowenberg con Macdonald y Lauriston, atravesando el Bober por este punto, y atraer sobre su izquierda á Ney y á Marmont,

despues de hacerles cruzar por Buntzlau el mismo rio.

A cosa de medio día pasóse el Bober por Lowenberg, y se marchó de prisa. La division de Maison, que formaba nuestra cabeza de columna, arrolló por delante á las tropas del general de York, sin darlas respiro en ninguna parte. Todo el cuerpo de Lauriston le seguia apoyado por el mariscal Macdonald. A nuestra izquierda los mariscales Ney y Marmont desembocaron de Buntzlau y fueron á estrecharse hácia nuestro centro. Viéndose Blucher tan vigorosamente acometido, no dudó que tenia á Napoleon delante, y se apresuró á obrar á tenor de sus instrucciones, que le prescribian no aventurar nada cuando tuviera enfrente á tan formidable adversario. Cubrióse con un escaso raudal de agua, que corre entre el Bober y el Katzbach, y que se llama el Haynau. Ya este día le costó de dos á tres mil hombres.

Al siguiente, que era el 22, prosiguió Napoleon su marcha ofensiva. En derechura se encaminaron los cuerpos de Lauriston y de Macdonald sobre Goldberg, para repeler á Blucher mas allá del Katzbach, mientras le empujaban en la direccion misma Ney y Marmont, marchando siempre sobre nuestra izquierda. Nuevamente atacó la division de Maison al enemigo con el mayor empuje. Animadas las tropas por la presencia de Napoleon, manifestaban donde quiera ardor extremado. El enemigo quiso defenderse, pero rebasándole Lauriston con el resto de su cuerpo, mientras Macdonald le amenazaba por el centro, se le obligó á abandonar la escasa corriente detrás de la cual se habia refugiado y á repasar el Katzbach para ir á tomar posicion en Göl-

berg. Sus pérdidas fueron este día de bastante monta.

A pesar de la resistencia que Blucher trataba de oponernos, y a pesar de sus cien mil hombres, se veía á las claras que no se le habia puesto en aptitud de hacer cara á Napoleon, y que la accion principal no seria por este lado. Con efecto, aquella misma noche recibió Napoleon del mariscal Saint-Cir un correo, que, despues de andar cuarenta leguas para darle alcance, le anunciaba el ataque de masas numerosas, y que evidentemente el grande ejército coaligado de Bohemia desembocaba por Peterswalde á espaldas de Dresde, ya pensara en tomar esta ciudad, ya abrigara la idea de trasladarse á Leipsick, para ejecutar la audaz tentativa de situarse entre el Rhin y los franceses. Asi se realizaba una de las dos hipótesis previstas por Napoleon y la mas apetecible, pues todo estaba preparado esmeradamente para contrariarla. Napoleon no experimentó ni afliccion ni sorpresa, si bien tuvo de resultas de la noticia una razon apremiante para acelerar sus movimientos. Aquella misma noche detuvo á su Guardia, que estaba todavía en marcha, y que no habia pasado de Lowenberg por fortuna, á fin de que despues de un breve descanso, se pusiera en camino y pudiera estar de vuelta en Dresde á los cuatro dias, esto es, el 26 de agosto. Habiéndose visto el cuerpo del mariscal Marmont menos comprometido, se hallaba tambien menos fatigado, y sin perder instante retrocedió camino para viajar con la Guardia. Además despachó Napoleon gran parte de la reserva de caballería, y por último, escribió al general Vandamme y al mariscal Victor, para que uno y otro se replegaran

sobre el Elba, dejando en las gargantas de Zittau al príncipe Poniatowski. De este modo se debian hallar bajo los muros de Dresde en el espacio de cuatro dias ciento ochenta mil hombres, y lo menos ochenta mil en los dos primeros. De consiguiente no habia que experimentar ninguna zozobra.

Despues de expedir estas órdenes el 22 por la noche, quiso Napoleon que el 23 por la mañana los cuerpos de Lauriston, de Macdonald y de Ney, que con la caballería del general Sebastiani formaban una masa de ochenta mil hombres por lo menos, empujasen una vez mas al enemigo hácia adelante y le repudiesen á larga distancia del Katzbach. Al despuntar el día se desplegaron á lo largo de este rio el cuerpo de Lauriston á la derecha, el de Macdonald en el centro, la caballería de Latour-Maubourg á la izquierda, interin tres leguas mas abajo se trasladaba Ney á Liegnitz con su cuerpo y la caballería de Sebastiani. Blucher habia colocado las tropas rusas de Langeron y las tropas prusianas de York detrás del Katzbach y sobre las alturas de Wolfsberg. La division de Girard atacó las márgenes del rio hácia Niedereau, y tuvo una visisima refriega con la division prusiana del príncipe de Mecklenburgo. Despues de desmontar el general Girard la artillería del enemigo y de quebrantar su infantería á cañonazos, acometióla de pronto á la bayoneta. Destrozados y acorralados sobre el Katzbach los prusianos, se cubrieron con su caballería, que muy luego fué rechazada por la del general Latour-Maubourg, y al cabo repasaron el Katzbach, yendo el general Girard detrás de ellos. Habiendo operado sobre la derecha el

general Lauriston el paso hácia Seifnau, asaltó las alturas de Wolfsberg, las tomó tres veces a los rusos, y las volvió á perder otras tantas. Pero el regimiento 135.º de la division de Rochambeau se hizo dueño de ellas por un postrer esfuerzo, y la accion quedó decidida en nuestro favor desde entonces. Viéndose Blucher rebasado al mismo tiempo á distancia de dos ó tres leguas sobre su derecha, por el movimiento del mariscal Ney sobre Leignitz, se replegó hácia Jauer á toda prisa.

Esta inútil violacion del derecho de gentes costó cerca de ocho mil hombres al general prusiano, y á nosotros la mitad á lo sumo. Por desgracia no quebrantó la moral de un enemigo que lidiaba con el encarnizamiento de la desesperacion. Napoleon, que habia experimentado el inconveniente de dejar muchos mariscales juntos cuando no los dominaba su presencia, y que preveia rudas batallas para las cuales convenia tener al mariscal Ney bajo su mano, resolvió traerle consigo y confiar al general Souham el tercer cuerpo. Así sobre aquel punto no iban á quedar mas que un mariscal y dos tenientes generales. El mariscal era Macdonald, gefe del cuerpo 44.º y los generales Lauriston y Souham, gefes de los cuerpos 5.º y 3.º Al conferir Napoleon el mando superior á Macdonald, dióle por instruccion que tuviera sus tropas ligeras en observacion entre el Bober y el Katzbach, al par que acampara con el grueso de sus fuerzas detras del primero de estos dos rios, entre Lowenberg y Buntzlau, y que estableciera puestos de correspondencia á la derecha en las montañas de Bohemia, á la izquierda en las llauuras de Lusacia, á

fin de estar informado constantemente de los movimientos mas leves del enemigo. Su encargo principal consistia ante todo en defender el Bober contra Blucher, y despues en interceptar los caminos, que van de Bohemia á Prusia, á fin de impedir los destacamentos que pudiera enviar el enemigo hácia Berlin contra el cuerpo del mariscal Oudinot. Siempre ocupado, segun se ve, en la marcha de este mariscal sobre la capital de Prusia, para la cual ya habia extendido demasiado el circulo de sus operaciones, proseguia Napoleon dedicando sacrificios sensibles á este objeto, porque dejaba á Macdonald á cuarenta leguas de Dresde, y aunque desembarazado del enemigo en este instante, podia ser atacado de nuevo con mayor empuje, y correr grandes peligros mientras se acudiera en su socorro.

Tomadas estas disposiciones, y habiendo visto Napoleon á Blucher en retirada sobre Jauer, partió para Gortitz á eso de medio dia, interin la Guardia, el cuerpo de Marmont y la caballeria de Latour-Maubourg marchaban al mismo punto al paso de las tropas. A medida que se aproximaba allí se multiplicaban las noticias, y le pintaban por extremo conmovida la ciudad de Dresde. El rey de Sajonia, la poblacion y hasta los mismos generales destinados á la defensa de este puesto importante, se manifestaban asombrados de la inmensa masa de enemigos, que descendian á espaldas de esta capital de las montañas, y procedentes de Bohemia. Unánimes estaban las relaciones en decir que las cumbres, que rodean á Dresde á la margen izquierda del Elba, se hallaban cubiertas de soldados de todas las naciones. Allí se veia asomar en la cima

de los montes la lanza de los cosacos tan temida por los habitantes pacíficos.

Efectivamente, el grande ejército de la coalición, el que compuesto de prusianos, de rusos y de austriacos, en número de doscientos cincuenta mil hombres, se debía aprovechar de la Bohemia para coger la vuelta a la posición del Elba, había ejecutado el plan acordado en Trachenberg, y después de operar su concentración entre Tetschen y Comotau, acababa de desembocar en Sajonia por todos los desfiladeros del *Erz-Gebirge*. Habían marchado en cuatro columnas formadas según el sitio ocupado por las tropas. Los rusos procedentes del fondo de Bohemia, puesto que partían de Silesia, no pudieron pasar el Elba y tomaron la calzada de Peterswalde, que sigue á lo largo del campo de Pirna, y baja hacia Dresde sin que desde ella se pierda de vista el río citado. Marchando el cuerpo prusiano de Kleist delante de los rusos, fué por el camino de algo más á la izquierda (la izquierda de los coaligados al desembocar en Sajonia), que era menos expedito, si bien todavía muy practicable, y pasaba por Toeplitz, Zinnwald, Altenberg y Dippoldiswalde. Los austriacos, más avanzados como que partían de su casa, tomaron la calzada de Comotau á Marienberg y Chemnitz, que se halla á la izquierda de los anteriores y forma el camino real de Praga á Leipsick. Por Carlsbad y Zwickau debían caer sobre este punto las tropas austriacas recién levantadas, componiendo á las órdenes del general Klenau la cuarta columna.

Pero no bien emprendida la marcha, modificóse el plan acordado en Trachenberg por los coaligados, á causa de la inestabilidad de los consejos

militares de la coalición, donde nadie mandaba por no ser nadie completamente capaz de hacerlo. Sin duda se había conferido el mando nominal al príncipe de Schwarzenberg para lisonjear al Austria, pero en el fondo sentía el emperador Alejandro no haberlo tomado en persona, y aun hubiera querido hacerlo al fin suyo, especialmente desde la llegada á su campo del general Moreau y del general Jomini, con cuyo auxilio creía poder dirigir los asuntos de la coalición gloriosamente.

Vuelto el general Moreau de América, según hemos dicho, al cundir la noticia del desastre de Napoleón en Rusia, sin otro objeto que la vaga esperanza de volver á pisar el suelo nativo por vías honrosas, formó un proyecto que no carecía de eventualidades de éxito venturoso. Habiendo sabido que el emperador Alejandro tenía más de cien mil prisioneros franceses, todos exasperados contra el autor de la expedición á Moscou, discurrió que bien se podrían armar cuarenta ó cincuenta mil de ellos, para trasladarlos por medio de la marina inglesa á la Picardía, y responder de derrocar el trono imperial marchando sobre París á su cabeza, con tal de que los soberanos aliados le proveyesen de un tratado de paz, en que dejando á la Francia libre para elegir un gobierno, se le concedieran los Alpes y el Rhin como sus límites naturales. Amante Moreau de la libertad, odiando el gobierno despótico que pesaba á la sazón sobre Francia, creyéndose superior á los lugartenientes de Napoleón, presumía que los atropellaría á todos presentándose á la cabeza de soldados franceses, anunciando una paz honrosa, una libertad prudente, y el término de la espantosa carnicería, á la



cual obligaba Napoleón á Europa con su ambicion desapidada. Sin vínculos con los Borboues, no inclinándose á ellos de ningun modo, admitia no obstante que se procurara conciliar á esta familia con la revolucion francesa, y que se la llamara para establecer un gobierno sólido y liberal al mismo tiempo y que pusieran fin á los largos disturbios de Francia (4). Con estas ideas habia llegado á Estokolmo, y su antiguo camarada Bernadotte le envió al cuartel general, aparentando dar oídos á sus escrúpulos al par que enconando sus odios, y prometiendo que hallaria satisfaccion á todos sus deseos al lado del emperador Alejandro. Este recibió al general proscripto con imponderables honores, tratóle como amigo, y sosegó sus escrúpulos afirmándole que no se miraba de mal ojo ni á la Francia ni á su grandeza; que la coaliccion se hallaba pronta á que siguieran prevaleciendo las excelentes condiciones del tratado de Luneville, que no se pensaba en imponerla ninguna forma de gobierno, y que por el contrario, se apresurarian todos á reconocer el que eligiera por sí propia, aun cuando fuese la república. Desechando como impracticable el proyecto de armar á los prisioneros

(4) Escribo estas páginas, no sobre conjeturas ni sobre interpretaciones de los amigos del general Moreau, sino á tenor de cartas suyas. Harto grave es la culpa del general Moreau para que se exagere, y es digno por sus eminentes servicios de otros días, por su antiguo desinterés, por su gloria, de que se reduzca á lo que fue verdaderamente el acto culpable que ha empañado una de las mas hermosas vidas de los tiempos modernos. Las cartas que tengo en la mano, escritas con sencillez perfecta, establecen lo que refiero de una manera incontestable.

franceses, por una pendiente insensible, de la cual fueron esmeradamente segregadas todas las apariencias criminales, indujo al infortunado Moreau á la resolucion lastimosa, no de servir contra Francia, sino de permanecer al lado de los soberanos que la hacian la guerra, diferencia que podia sugerirle una ilusion, que nolo era en suma, pues no habia modo de que residiera á su lado durante esta cruel guerra, sin que los ilustrara á lo menos con sus consejos. Para llevar esta seducccion á remate, valióse Alejandro de su hermana, la gran duquesa Catalina, viüda del duque de Oldenburgo, princesa notable por el talento, el carácter y los atractivos exteriores, y tratando á Moreau como amigo, le cegaron así y le aturdiron con las mas hábiles lisonjas y le arrastraron definitivamente al camino donde iba á encontrar la mas cruel muerte, la que se debia llevar con su vida, ya que no su gloria, al menos su inocencia. Desde que Alejandro tenia á Moreau á su lado, se lamentaba de no ejercer el mando general en persona, le hubiera querido nombrar su gefe de estado mayor, para dirigir la guerra con su ayuda. Pero no era posible imponer el general Moreau al príncipe de Schwarzenberg, ni como superior ni como subordinado, ni destinarle un papel que ni para él ni para los generales de la coaliccion fuese grato. Hallábase Moreau de esta suerte en el campo de los coaligados bajo el título de amigo privado del emperador Alejandro, viviendo ora á su lado, ora al de la gran duquesa Catalina establecida en Toeplitz, no gustándole hacer figura en aquellos consejos militares, donde se hablaba tan á la larga, y donde los asistentes se mostraban bulliciosos de